

## La casa abandonada

= De La Prensa. Buenos Aires =



Rosalía de Castro

Los que escriben para el público suelen recibir muchas cartas; las recibe también el autor de estas líneas; no por su persona, que es bien modesta, sino por la autoridad y la difusión de los periódicos en que escribe; dos únicos periódicos: una en la península ibérica, y otro en la Argentina. Entre el turbión de cartas llegadas estos últimos días, una epístola interesante: una carta de un oficial de Correos. Tengo viva, vivísima simpatía por el cuerpo de Correos; es excelente en España; a pesar de lo menguado de los sueldos, se esfuerzan los empleados postales en realizar su cometido con verdadera perfección. El oficial de Correos que me ha escrito se llama Pedro Claramonte; es ambulante de Madrid a Vigo; parece cosa entretenida el viajar siempre, el viajar a la continua, el viajar todos los días del año; viajar es el mayor de los placeres; lo dice todo el mundo; los viajes instruyen y deleitan; también dice esto todo el mundo; sobre todo, lo dicen los que viajan sin darse cuenta de nada. Pero, en fin, no divaguemos; no usemos de la ironía para regatear el provecho y el placer de los viajes; nos pueden decir que somos viejos regañones; nosotros podemos contestar que el mayor filósofo moderno, Manuel Kant, no salió nunca de su pueblo. La disputa sería interminable; vamos con nuestro buen amigo Pedro Claramonte; este buen ambulante de Madrid a Vigo, para entretenerse en los ratos que el fatigoso trabajo de la ambulancia le deja libres, tiene una preciosa máquina fotográfica; con ella va captando, aprisionando, archivando los paisajes más bonitos que encuentra en sus andanzas, los pueblos, los monumentos, los tipos, las montañas, los mares, los ríos; cuando, fatigado, regresa a su hogar, Pedro Claramonte goza en mostrar a los suyos todo este caudal de cosas y figuras que él ha recogido.

Y aquí en su atenta, amable carta, vienen incluídas algunas fotografías que Claramonte ha hecho en alguna parte del Noroeste de nuestra amada España. ¡Qué interesantes son! Una casita, un jardín, una solana o carasol. Contemplo estas fotografías durante largo rato. Y quiero que el lector de *La Prensa* también las vea. Acompañeme el lector; juntos con el buen Pedro Claramonte vamos a ir a los lugares donde han sido tomadas estas vistas. El Noroeste de España. Un pueblecito; en el pueblecito, una casa; la casa está cerrada; cerrada desde hace mucho tiempo. Las casas cerradas tienen una profunda melancolía. Un poeta castellano, que fué muy combatido en su tiempo, Emilio Ferrari, es autor de un poema en que se describe una casa campesina cerrada.

*Hace ya muchos años que, desierta,  
sin que se abra jamás aquella puerta,  
que el viento azota y la humedad carcome,  
con tristeza la mira el aldeano  
de los contornos, aguardando en vano  
que un ser viviente a su dintel asome.*

Donde el ser viviente debía asomar es en el umbral; pero no nos entretengamos en este pormenor. La casita que vamos a visitar con Pedro Claramonte tampoco está habitada; no se asomará a su umbral ningún ser viviente. Hemos traspasado una cerca; estamos en un jardincito; la maleza lo invade todo; los árboles, sin podar hace mucho tiempo, dejan crecer su ramaje bravamente. Nos detenemos ante una losa ancha de piedra; junto a esta lancha se ve un banco; hay también una especie de sillón de piedra con respaldo. Mesa,

banco y sillón aparecen medio cubiertos por la fronda de los árboles. Silencio profundo; quietud inalterable. En esta mesa de piedra se podría escribir; se escribiría en medio de la soledad, del sosiego, del silencio gratisimo. Aquí, un poeta haría seguramente versos magníficos, poemas henchidos de dulzura y de emoción. No nos decidimos a dejar este lugar de reposo, verde y callado. Pero la casa nos espera. La puerta se halla cerrada. Es una puertecita, como verá el lector en la fotografía, que no tiene nada de particular; mas, precisamente, estas puertas anodinas, vulgares, son las que que más nos atraen. Una profunda melancolía se desprende de la puertecita y de la casa toda.

*No sé que extraña sensación de frío,  
qué malestar de ausencia y de vacío,  
produce al caminante aquella ruina,  
cortando sobre el pálido celaje,  
la monótona línea del paisaje,  
a la luz de la tarde que declina.*

**DR. HERDOCIA**  
Enfermedades de los ojos,  
oídos, nariz y garganta

Horas de oficina:

**10 a 12 de la mañana  
y de 2 a 5 de la tarde**

Contiguo al Teatro Variedades

La tarde va declinando, en efecto; en esta hora de tristeza y de meditación, es cuando vamos a franquear la puertecita; puertecita que, seguramente, va a chirriar con dulzura, como quejándose—quejándose del abandono—al ser abierta. Nos detenemos un momento en el umbral; estamos emocionados, hondamente emocionados. Echamos, antes de entrar, una ojeada al paisaje. El paisaje es verde, húmedo, con arboledas, con colinas suaves revestidas de césped sedoso; el cielo, de un gris de plata, pone en nuestros nervios una dulce y deleitosa sedancia. Hace muchos años, una mujer que vivía en estas tierras, fué a Castilla; Castilla con sus llanos inmensos, polvorientos en el verano; Castilla radiante y desnuda, hizo que esa mujer sintiera más vivamente que nunca el amor a este dulce y voluptuoso paisaje. No podía ella acomodarse a los llanos de Castilla.

*Fixestes tan tristes llanos,  
mais fixecheos, Dios cremente,  
soyo para os castellanos.*

Para los castellanos los llanos infinitos y sin árboles; para ella, los apacibles prados y las arboledas verdes, bajo un cielo de plata oxidada. ¿Hemos meditado ya bastante en la puerta de la casa? Entremos; las estancias son chiquitas; en una de ellas encontramos un baúl; lo abrimos; vemos en su fondo una corona funeraria. La contemplamos en silencio; por la puerta de enfrente, se ve el remate de los árboles. Franqueamos esa puerta y nos hallamos en una galería. Desde su barandal de madera, acodados en el tosco pasamanos, atalayamos el reducido jardín. ¡Cuántas veces se habrá asomado a esta solana alguien que vivía en la casa! Alguien que sentía la sugestión de este paisaje mejor que la ha sentido nadie. Acaso, cuando estamos contemplando el jardín desde la solana, llega a nuestros oídos el eco lejano de una canción; nos sentimos conmovidos hasta el fondo del alma. Esa canción es una música suave, gemidora, de una dulzura profunda, como un canto litúrgico que se va desenvolviendo bajo las vastas naves de una catedral. Cuando la mujer de que hemos hablado antes estaba en Castilla, triste, acordándose de su tierra norteña, de pronto oyó una canción. Una canción que también hizo vibrar toda su sensibilidad.

*De pronto oin un cantar,  
cantar que me conmoveu  
hastra facerme ácorar.  
Era a gallega canzon,  
era o alalá, que fixo  
bater o meu corazón.*

Como el corazón de esa mujer, así ha batido ahora nuestro corazón. Y no sabemos, lector querido, cuánto tiempo hemos estado en esta galería, donde se asomaba la mujer que se sintió triste en Castilla; la mujer que vivía en esta casa; Rosalía de Castro, en una palabra. La casita que nos acaba de hacer ver Pedro Claramonte, en Padrón, es la propia casa de la gran Rosalía. La casa se hunde; la casa está hipotecada en dos mil quinientas pesetas; si no se dan esas pesetas, no se sabe lo que va a ser de esa casita sagrada. Sagrada para todos los naturales de Galicia; sagrada para todos los españoles. Y de todos modos las paredes se están resquebrajando, los techos están llenos de goteras. No pasará mucho tiempo sin que la casita sea una ruina. Y Pedro Claramonte me dice que yo haga un llama-

(Pasa a la página 222)